

¿Tuvo el kirchnerismo una política de la historia?: algunas reflexiones sobre usos del pasado y legitimación política

Camila Tagle

camilatagle@yahoo.com.ar

Licenciatura en Historia

Directora de TFL: Marta Philp

Beca Estímulo a las Vocaciones Científicas, Consejo Interuniversitario Nacional

Recibido: 28/06/19 - Aceptado: 30/10/19

Resumen

En el siguiente artículo nos proponemos reflexionar en torno a algunas implicancias teórico-metodológicas e interrogantes derivados del Trabajo Final de Licenciatura en Historia titulado "Historia y poder político en la Argentina reciente. Usos del pasado durante un momento kirchnerista (2007-2015)". Desde una mirada que buscó articular la historia de la historiografía con la nueva historia política, aquel trabajo abordó una selección de discursos presidenciales y notas periodísticas que permitieron reponer un mapa representativo de las políticas de la historia efectuadas por el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y las respuestas que éstas suscitaron en ciertas esferas del espacio público y académico argentino. En esta oportunidad, restituiremos las principales consideraciones que se derivaron del análisis de los núcleos centrales de aquella indagación –los usos políticos del siglo XIX argentino y del pasado peronista– para luego arriesgar algunas ideas que intenten avanzar sobre la pregunta que da título a estas páginas.

Palabras clave: usos del pasado-kirchnerismo-políticas de la historia

1. Introducción

El kirchnerismo usó políticamente el pasado argentino. La afirmación no debiera causar en principio mayores sorpresas. Tan antigua como el nacimiento de la historia es la relación que la une a la política y para constatarlo basta recordar el significado preciso que la fórmula de la historia *magistra vitae* tuvo en el contexto del surgimiento de los estados modernos: de ella se esperaba que proveyera los ejemplos que permitirían a los destinados a gobernar aprender a hacerlo por un camino menos riesgoso que el del ensayo y el error (Halperín Donghi, 2004). Los contenidos de la fórmula cambiaron a lo largo del tiempo y las sociedades contemporáneas modificaron sus modos de conexión con el pasado. Pero su lugar privilegiado dentro del conjunto de mecanismos identitarios desplegados por actores políticos y sociales continuó y continúa teniendo vigencia, a menos que demos por cierto el completo fin del poder de la historia para otorgar sentido a la existencia colectiva. En efecto, a partir del 2007 el pasado devino en la Argentina un territorio potente y la apelación a la historia un mecanismo privilegiado por un poder político que buscó en ellos sus fundamentos de existencia y apuntó especialmente a la conformación de una identidad política con ciertas sensibilidades históricas. Herencias que debían ser continuadas y sobre

las cuales parecieron imponerse incluso obligaciones, historias que reclamaban su fin, fueron delineando de a poco los contornos identitarios de un movimiento político que no quiso anclarse en un presente carente de conexiones temporales significativas y entonces fue en busca de los pasados que habilitaban aquellos enlaces. Esos pasados fueron variados, así como lo fueron las estaciones que atravesó el kirchnerismo a lo largo de los años en los que controló los resortes del Estado.

La siguiente intervención tiene por fin proponer algunas líneas de interrogación teórico-metodológicas que se derivan del Trabajo Final de Licenciatura en Historia (en adelante TFL) titulado "Historia y poder político en la Argentina reciente. Usos del pasado durante un momento kirchnerista (2007-2015)". Luego de recuperar sumariamente ciertos aspectos y decisiones que entendemos relevantes en lo que atañe al proceso que culminó en esa investigación, nos concentraremos en algunas de las zonas que, consideramos, quedaron menos clausuradas a revisiones, cuestionamientos o planteos alternativos.

El objetivo general de dicho TFL fue analizar los usos del pasado argentino efectuados por el kirchnerismo durante los años de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (en adelante CFK) desde una perspectiva que cruzara historia de la historiografía e historia político-cultural. Le siguieron otros, de diverso alcance: en primer lugar, quisimos que a partir de ese análisis fuera posible construir un mapa de las políticas de la historia¹ implementadas desde el ámbito estatal estrictamente gubernamental, en el que pudieran reconocerse los núcleos o fragmentos del pasado que revistieron mayor relevancia política y simbólica para la construcción de un imaginario situado en el presente de comienzos del siglo XXI. Con ese movimiento buscamos reponer los vínculos entre los usos del pasado y las necesidades más concretas de legitimación del poder político, identificando las coyunturas específicas de activación de las memorias y olvidos (Jelin, 2002) que acompañaron la agenda política y discursiva de CFK a lo largo de sus dos gestiones consecutivas. Finalmente, nos propusimos identificar cuáles de esas operaciones políticas sobre el pasado argentino suscitaban mayores reacciones, debates o controversias en el espacio público y analizar los argumentos esgrimidos por sus detractores, sean estos historiadores, políticos, periodistas.

En virtud del objeto de estudio construido y los objetivos planteados, el trabajo reposó sobre un corpus de fuentes compuesto principalmente por los discursos pronunciados por la presidenta en circunstancias diversas a lo largo de los años 2007-2015. En este sentido, quedaron excluidas múltiples posibles otras vías de acceso al fenómeno de los usos del pasado durante este período, como podrían ser monumentos, guiones museísticos, contenidos de diversas producciones audiovisuales o normativas parlamentarias. No adoptamos criterios formales para establecer un recorte entre este vasto conjunto, sino que, luego de una lectura completa, buscamos seleccionar aquellas alocuciones presidenciales que consideramos más significativas en relación al eje que nos interesa. En este sentido, incluimos las intervenciones donde aparecían con más claridad y contundencia definiciones o representaciones relativas a la historia argentina.

Que los discursos oficiales hayan proporcionado la base sobre la cual se desarrolló la indagación no implicó un abordaje desde una perspectiva lingüístico-discursiva, ni tampoco un recurso obligado al abanico de métodos, premisas e interrogantes que componen el análisis del discurso o del discurso político en tanto disciplinas específicas. Lo cual no

significa desconocer la naturaleza de los materiales que proporcionaron la principal vía de acceso a nuestro objeto de estudio. Si creímos que esos discursos constituían una entrada válida fue porque al menos dudamos de aquellos enfoques que postulan que en política “a las palabras se las lleva el viento” (Verón y Sigal, 2004). Como cualquier otro comportamiento social, o acaso especialmente, las acciones políticas no serían comprensibles fuera del orden simbólico que las generan y de los universos imaginarios que ellas construyen. Debido a la posición de quien enuncia y al liderazgo que desde allí puede construirse, las retóricas presidenciales tienen además un poder propio dentro de este conjunto de voces (Yabkowsky, 2016).

Antes que optar por concentrar únicamente la mirada en los discursos asociados a las distintas conmemoraciones históricas de las que formó parte el gobierno nacional, preferimos efectuar una redada por todas las apariciones públicas oficiales, intuyendo que aparecerían allí operaciones menos pautadas que las esperables de los rituales vinculados al calendario de efemérides. Esa elección respondió a su vez a la intención de escrutar una imagen que por momentos se imponía desde fuera, tiñendo nuestro objeto de estudio: la del (neo) revisionismo nacional-popular. Creímos que su significado, lejos de esclarecer, obliteraba un acercamiento preocupado por descubrir los contenidos de algo que, precisamente, esa figura daba por sentado. Poner en suspenso esos supuestos y determinar su conformidad a la luz de las fuentes disponibles constituyó entonces un objetivo transversal de la indagación que propusimos. Sobre todo cuando presumimos que, antes que una política de la historia coherente y unificada o pretendidamente continuadora de aquella vertiente intelectual, existieron fragmentos, combinaciones variables, usos móviles en función de los contextos en que se desplegaron. La visibilidad pública otorgada a la recuperación de ciertos pasados, en algunos casos por la obligatoriedad propia del calendario, constituyeron puntos de condensación de un proceso de construcción de imágenes históricas quizás menos perceptible, pero sostenido en el tiempo y preocupado por difundir determinadas interpretaciones del pasado nacional.

2. Qué pasados para qué presentes

Los usos del pasado decimonónico y de los años peronistas –dos de las estaciones más frecuentes dentro de un conjunto de referencias históricas al que habría que añadirle la última dictadura militar, la Guerra de Malvinas y el ciclo neoliberal– fueron los prismas que nos permitieron analizar de qué modo el poder político seleccionó ciertos momentos de la historia argentina para integrarlos en un relato cuyo punto de llegada se ubicaba indefectiblemente en el presente y cuyo objetivo fue construir –*inventar*, con Hobsbawm (2002)– una tradición con raíces históricas.² A continuación repasaremos brevemente algunos de los principales sentidos y contenidos otorgados a los pasados cuyo uso político analizamos en los primeros capítulos de nuestro trabajo, para luego intentar responder a la pregunta con la que encabezamos estas páginas.

2. a Si Belgrano viviera...: representaciones en torno al siglo XIX

Sustrato temporal no sólo de alguna idea de nación sino también de las primeras querellas historiográficas por definir sus contornos, el pasado comprendido desde la Revolución de

Mayo hasta la consolidación del Estado nación argentino tuvo un especial protagonismo dentro del conjunto de preocupaciones históricas manifestadas públicamente por CFK durante sus años de gobierno. Las frecuentes apelaciones al siglo XIX trajeron consigo un conjunto diverso y disperso de personajes, acontecimientos y motivos que apuntaron sobre todo a tematizar los orígenes y contornos de una nación argentina definida en términos más o menos esenciales, al tiempo que acicatearon el despliegue una serie de temas que se volvieron *cuestiones* en la Argentina kirchnerista: los “dos modelos de país”, el rol de las Fuerzas Armadas, la industrialización, la soberanía, el rol de la prensa, entre otras. En conjunto, pusieron además en disponibilidad elementos simbólicos fundamentales para la realización de una tarea que el kirchnerismo no descuidó: la formación de “ciudadanos y patriotas”, aún en su acepción más tradicional.

El 25 de mayo fue en este discurso la gesta nacional por excelencia, explicada a partir de los sentimientos patrióticos y espíritus sacrificiales de hombres que advirtieron tempranamente la necesidad de acabar con la dominación colonial del imperio español. Su imagen fue, sin muchos matices, la de una revolución alumbrada por una toma de conciencia de la nacionalidad argentina. El 9 de julio, su desenlace más o menos natural, al tiempo que la primera estación de un proceso independentista que sólo podía terminar de comprenderse con los añadidos que los siglos XX y XXI le aguardaban en el futuro. La resignificación de la independencia, pues, no tuvo tanto que ver con un cuestionamiento de los relatos más tradicionales sobre el acontecimiento de la declaración, sino con la apropiación del tópico que históricamente había servido al contra discurso de las izquierdas en la Argentina: el de la “segunda y definitiva” (Acha, 2016). Mientras que para las izquierdas pretendía revelar la necesidad de una política clasista y revolucionaria o popular y revolucionaria, en la imaginación histórica kirchnerista conducía a legitimar el oficialismo progresista, conjugando el régimen discursivo de la nación y, por ende, de la unidad, con el del antagonismo y el conflicto.

El XIX fue además el siglo de la violencia, ejercida no sólo, o no tanto, por potencias extranjeras, como por los aliados internos con los que aquellas contaban en el interior de la Argentina: los denostados “hombres del puerto”, identificados muchas veces sin más con el unitarismo. Mientras que los momentos positivos de este pasado estuvieron casi siempre personificados en nombres propios, los que despertaron alguna denuncia o enjuiciamiento por parte de la presidenta encarnaron sobretodo en fuerzas abstractas, pero siempre omnipresentes, que conspiraron históricamente en contra de unos intereses “nacionales” con intenciones más o menos inmaculadas (Perochena, 2016). Estos polos representaron, respectivamente, a cada uno de los dos “proyectos de país” que desde el surgimiento mismo de la nación se disputaron, de manera binaria, la dirección política, económica y cultural de la Argentina. Acaso esta indefinición haya sido la condición de posibilidad para la postulación de un enemigo histórico que es “uno solo” a pesar de que sus caras o estrategias fueron mutando a lo largo del tiempo, así como –y a la par que– lo hicieron también los enemigos políticos del kirchnerismo.

La Argentina kirchnerista se presentó así como equivalencia y continuidad de los momentos tradicionalmente concebidos como fundacionales de la nacionalidad y sus principales representantes políticos como los legítimos herederos de aquellas personalidades que, según CFK, merecían ser rescatadas de la historia. Un rescate que quiso ir a contrapelo de la llamada “historia oficial” y que, en varios casos, se acompañó con decretos que

determinaron ascensos o distinciones militares *post mortem*. No hubo sin embargo grandes innovaciones en la visión invocada de este pasado. Por un lado, una resignificación de los héroes indiscutidos que permitió trazar una genealogía fuertemente ideologizada hasta el presente; por otro, ciertos lugares comunes revisionistas que, a partir de motivos tales como “la otra historia, la historia que no nos contaron”, la historia, finalmente, *verdadera*, permitieron legitimar el carácter polarizador de una política refundacional en el presente.

En torno al mito de las páginas ilustradas de un Billiken “descafeinado” CFK contra-edificó y resignificó su propio panteón de héroes de la patria, ahora mundanos; aún modelos, aunque al alcance de la imitación. Esto no implicó que las grandes personalidades se diluyeran en un relato histórico movido por un sujeto colectivo; lo cierto es que la recuperación de este período se tradujo discursivamente en una narración en la que las grandes individualidades marcaron los hitos más relevantes de esta historia. La selección se compuso de figuras estables y de otras que cobraron protagonismo en circunstancias específicas, precisamente por encarnar alguna cualidad y/o mandato útil para la interpretación de algún conflicto o clivaje del presente. Manuel Belgrano fue de las primeras. En torno de su persona se tejió un relato estructurado a partir de las virtudes que hicieron de él un hombre profundamente abnegado, capaz incluso de sacrificar sus más individuales proyecciones profesionales en pos de la salvación y el bienestar de la patria. Su recuerdo se organizó entonces en torno de este primer sacrificio: Belgrano fue un abogado que, por deber, se hizo militar.³ Y esta primera entrega se replicó en otras acciones que permitieron cristalizarlo como un personaje “desobediente”, cualidad que CFK convirtió a su vez en definitoria de su propio movimiento político: la desobediencia frente a los llamados poderes constituidos.

Un capítulo especial le correspondió a Sarmiento. A pesar de las críticas que remarcaron su olvido dentro del panteón kirchnerista, lo cierto es que el sanjuanino tuvo también su lugar. Éste se habilitó gracias a dos cualidades que hacían de él un verdadero ejemplo a seguir por un gobierno progresista para el cual democracia y antagonismo no debían ser tenidos como elementos contradictorios: la defensa de la educación pública y su impronta “militante”, aun cuando ésta se hubiera dirigido en contra de las personas o causas que despertaban en CFK una comparable o mayor admiración. De este modo, y al igual que sucedió, por ejemplo, con la propuesta genealógica que entroncaba a Belgrano con el reformista Deodoro Roca, CFK integraba en su abanico de referencias históricas a personalidades comúnmente asociadas a una tradición liberal, de larga data en la historia y el pensamiento argentino. En esta línea podría leerse también la centralidad concedida al protagonismo inmigrante. Los reiterados “acá todos somos hijos de inmigrantes” no hicieron sino reforzar la potencia de la figura de los “bajados del barco”. Históricamente asociada a los relatos genealógicos de la clase media, la imagen continuó siendo productiva en tanto mito constitutivo de la argentinidad, aun cuando el discurso de CFK haya querido construirse en confrontación más o menos velada con algunos de sus representantes.

La reivindicación de Juan Manuel de Rosas se activó fundamentalmente a la par que lo hizo la consigna de la soberanía nacional, para la cual estuvo disponible la Vuelta de Obligado. Y su memoria se entroncó con la del San Martín que donó su sable al caudillo bonaerense. En efecto, tanto la reivindicación de San Martín como la recuperación que la presidenta hizo de Rosas pivotaron en esa histórica donación: si por un lado servía para desacralizar al San

Martín "oficial", "el de las máximas a Merceditas"⁴, por otro consagraba a Juan Manuel de Rosas mediante la palabra autorizada del San Martín sacralizado por la memoria histórica; impoluto Padre de la Patria y líder de la independencia.

En el conjunto casi siempre indiviso de los caudillos del interior recayó la defensa de un proyecto federal de país. De ellos se rescató un fuerte arraigo popular, sus vocaciones tempranamente latinoamericanistas y sus capacidades para el liderazgo y la movilización política. Fueron, casi por definición, los escondidos de la memoria histórica argentina y sobre ellos se desplegó el germen del poder que un siglo después encarnaría en el terrorismo de Estado: la utilización de instrumentos de tortura en sus asesinatos, así como su "prolijo ocultamiento", permitieron su enunciación en tanto "desaparecidos de la patria"⁵, sugiriendo así una línea que emparentaba sus injustos destinos con el de los desaparecidos de la última dictadura militar. Las apelaciones al Chacho Peñaloza sobresalieron por sobre el resto, al igual que lo hizo la descripción que sobre él propuso CFK en ocasión de uno de sus homenajes: "el argentino rubio de ojos azules que luchó para y con los morochos de la patria".⁶ Más adelante volveremos sobre esta formulación.

2. b Perón, Evita, la patria kirchnerista

Los años peronistas constituyeron otra de las referencias históricas más frecuentes en las apariciones públicas de CFK: Juan Domingo Perón, Evita, el 17 de octubre, la llamada "resistencia", entre otros motivos, acontecimientos y emblemas vinculados al peronismo, fueron recuperados en distintos momentos para luego incorporarse al relato histórico construido y difundido desde la cúspide del poder político. Si bien es posible detectar en ese conjunto de evocaciones un componente de marcada heterogeneidad –en parte condicionada por la sucesión de coyunturas cambiantes de enunciación, aunque en esa hibridación radica también la originalidad constitutiva de la construcción a la que nos referimos– pudimos reconocer algunas pautas de representación que se mantuvieron en gran medida constantes a lo largo del período. Subrayamos algunas: un anclaje en el *momento peronista* 1974, un relato que giró en torno a un espacio de experiencias signado por un protagonismo individual –a saber, la militancia de la propia CFK en las filas la Juventud Peronista de la década del setenta– y el rescate de elementos relativamente novedosos, que permitieron conjugar una resignificación del peronismo histórico con tópicos cercanos al horizonte político y cultural de la Argentina kirchnerista: los derechos humanos, el desarrollo científico, la cuestión de género, entre otras.

La inscripción de las transformaciones iniciadas en la década del cuarenta dentro de una narración que reenviaba sus orígenes hacia atrás fue el puntapié inicial para establecer lazos de continuidad y complementariedad entre el peronismo y estaciones o protagonistas de la historia argentina tradicionalmente concebidos a partir de su distancia respecto al fenómeno peronista: el radicalismo, el Partido Socialista, las tempranas demandas de un movimiento obrero anarquista o el avance silencioso pero estructural de un proceso sustitutivo de importaciones en los albores de la Primera Guerra Mundial. Los nexos funcionaron también con aquello que vino después: los paralelismos con el alfonsinismo, pues, hicieron el resto. Así, esta inscripción desradicalizaba la irrupción del peronismo en la historia argentina; en otros términos, la "normalizaba" (Acha y Quiroga, 2012).⁷ En el mismo sentido apuntaron otras representaciones: una interpretación del 17 de octubre que insistió

en su impronta pacífica; la consiguiente conversión del Día de la Lealtad en una efeméride de carácter nacional y, por ende, no partidaria; la insistente reivindicación del carácter conciliatorio de clases del propio Perón; la intercambiable alternancia entre una representación combativa y otra “angelada” de la figura de Evita o la recuperación de la famosa máxima “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”.⁸

Fue, en conjunto, una lectura purificadora y democratizante del fenómeno peronista, abocada tanto al rescate de aspectos presuntamente desatendidos por la memoria colectiva como a marcar sus límites. Como contrapartida, se gestó una autorepresentación del kirchnerismo como el espacio político e ideológico encargado de añadirle al peronismo aquello que la variante progresista de la clase media argentina históricamente le habría reclamado: derechos humanos y cultura universitaria, reconocimiento de la diversidad sexual –“díganme si alguna vez se pensó que durante un gobierno peronista se sancionaría una norma (...) como el matrimonio igualitario”⁹– y el lenguaje de las libertades, opuesto y superador de las derivas totalitarias o monocráticas que habrían caracterizado a “aquella Argentina difícil de los años ‘40 o ‘50, donde al que no pensaba como el gobierno se lo estigmatizaba o se lo maltrataba verbalmente”.¹⁰

“¿Qué es lo que hace que muchos kirchneristas que se han quejado de que los peronistas cantamos la marcha en forma “agresiva”, luego del 2008 han empezado a cantarla con la misma agresividad?”¹¹ se preguntaba Teodoro Boot, un periodista y escritor autoproclamado peronista. La pregunta no es a primera vista muy reveladora, pero encierra un elemento que requiere ser descifrado. Sin desconocer otros factores, pero sin contentarnos con la vía casi tautológica que propone el propio hablante –que el peronismo es la “identidad cultural básica del pueblo argentino”– creímos que en las características que exhibió el uso del pasado peronista durante los gobiernos de CFK podían encontrarse algunos elementos para decodificar aquella novedad en el terreno de las identificaciones políticas. En efecto, nuestra hipótesis es que aquel constituyó un capítulo distintivo dentro de las políticas de la historia motorizadas por el gobierno. Y esto principalmente si prestamos atención a quiénes fueron los sectores que en mayor medida se vieron interpelados por un discurso organizado centralmente en torno de una renovada agenda progresista, modulado en el lenguaje de la democracia y los derechos humanos, incluso de la diversidad sexual: una franja de los sectores medios, buena parte de ella universitaria, al menos mínimamente politizada. Sectores que vieron representadas en la coyuntura iniciada en el año 2003 algunas de las ideas fuerza características de las variantes progresistas que dominaron el campo político y cultural de la Argentina democrática, aunque su apoyo activo al gobierno haya venido bastante después. Tal vez no sea demasiado arriesgado pensar que uno de los pocos hilos que unía a este sector de la sociedad argentina con su contraparte antikirchnerista –aquella otra fracción de la clase media urbana que puso de manifiesto, cada vez más abiertamente, su oposición al gobierno– era su común, aunque fundado en tradiciones diversas, sino anti, al menos no-peronismo.

Pero por vía de este discurso el presente de la Argentina gobernada por CFK aparecía como el escenario más propicio para auspiciar el inédito encuentro o reconciliación entre el peronismo y la variante progresista de quienes históricamente habían declarado su antipatía a un movimiento que no los contenía. Una suerte de desencionalización de la identidad peronista. O una inversión de la ecuación: aquí *peronista no se nace, se hace*. En el medio, el pasado se resignifica, mientras que el producto resultante –llamémosle

peronismo kirchnerista– supuso, en más de un sentido, una novedad. Así, el recorrido por todas las apariciones públicas que desplegaron referencias sobre el pasado peronista nos permitió restituir mayor complejidad, al tiempo que matizar, una imagen extendida que tendió a identificar la retórica peronista inscripta en el kirchnerismo de CFK exclusivamente con el momento peculiar que representó el camporismo. La operación fue algo más compleja: en todo caso, había que contener a una nueva “generación camporista” en un proyecto político que explicitó un policlasismo compatible con el último Perón, el mismo que en la década del setenta había sido impugnado precisamente por las llamadas “tendencias revolucionarias” del movimiento.

3. Una mirada de conjunto

En lo que sigue nos detendremos en algunas cuestiones vinculadas al modo en que podrían pensarse ciertas relaciones entre los núcleos presentados anteriormente, en el intento de sugerir alternativas adecuadas que los enhebran. Es decir: ¿qué conectó a estas operaciones, más allá del propósito legitimador?; ¿es posible reconocer una política de la historia, así, en singular, que permita trascender la imagen de una serie de fragmentos del pasado resucitados de manera estrictamente funcional, más o menos contingente o *ad hoc*? Antes de avanzar sería importante que el alcance de estas preguntas se desprenda de un planteo que presuma la deseable existencia de alguna especie de coherencia interna entre los materiales analizados. Y esto al menos por dos motivos: por un lado, porque resulta esperable que en la convivencia de enunciados de cualquier tipo se presenten relaciones en las que el contraste o la contradicción sean datos comunes (Skinner, 2000); por otro, y sobre todo, porque postular la deseabilidad de esa consistencia equivaldría, en algún punto, a atribuírsela al propio pasado.

He aquí uno de los puntos que quisiéramos plantear: el estudio de los procesos de construcción de argumentaciones políticas que elaboran relaciones pasado-presente (Eujanian, 2015) ubica a los historiadores que nos disponemos a trabajar con ellos en un lugar epistemológicamente complejo, aunque controlable. La imagen sería la de una suerte de “juego de espejos” que estabiliza los pasados en cuestión en *una* de sus lecturas posibles para, en función de ella, ponderar sus *usos*. Y esto nos conduce a otro interrogante: ¿hasta qué punto el problema de la verdad en la historia es o debiera ser irrelevante para una historia política preocupada en comprender procesos simbólicos de identificación que buscan sus contenidos en el pasado nacional? Insistir en que confrontar los usos políticos del pasado con lo que *verdaderamente* ocurrió no forma parte de los objetivos de este tipo de investigaciones no resuelve a esta altura el problema. Si en los inicios de nuestro trabajo resultaba bastante claro que la “función de verdad” del mito (Jelin, 2002) iba a desempeñar una jerarquía mayor que su condición –constitutiva, por cierto– de ficción, a medida que avanzábamos la cuestión de la prescindencia de cualquier tipo de referente adquirió, tanto en su dimensión teórica como estrictamente operativa, un protagonismo mayor.

Sin desconocer estas razones, nos preguntamos ahora si es factible reconocer alguna clave que permita dotar de una inteligibilidad común a aquellas operaciones sobre el pasado argentino. Como la respuesta no podría rastrearse en el *afuera* de ese relato y tampoco limitarse a tomar por ciertas las aseveraciones propuestas por la propia CFK –que sus

gobiernos disputaron culturalmente la llamada “historia oficial/mitrista”– sugerimos algunas alternativas que intentan hacer dialogar una dimensión política con las características específicas de las narraciones que esos discursos habilitaron.

Consideremos un ejemplo que sirve en esta oportunidad por su potencial desplazamiento generalizador: dijimos antes que el Chacho Peñaloza fue una de las pocas figuras que sobresalió dentro del conjunto casi siempre indiviso pero frecuentemente reivindicado y homenajeado de los “caudillos federales”; “el argentino rubio de ojos azules que luchó para y con los morochos de la patria”. Así fue caracterizado en uno de los homenajes que el Poder Ejecutivo organizó en su memoria. Y la pertinencia de la caracterización estética de Peñaloza –infrecuente, por lo demás, en las representaciones del caudillo riojano, tengan o no éstas tintes revisionistas– se justificó porque servía “para desmitificar un poco esto del color de la piel”.¹² Antes que un comentario ocasional o aislado, creemos que se trató de una figura que sedimentó porque resultó efectiva o funcional a ciertas necesidades argumentativas y políticas del momento y, entonces, reapareció.

En efecto, reflexiones con implicancias similares volvieron a presentarse cuando se trató de explicar y actualizar el peronismo. Sabemos que parte constitutiva de las interpretaciones que históricamente hicieron del fenómeno peronista un “hecho maldito del país burgués” – al decir de John William Cooke– fueron sus implicancias cromáticas: las masas peronistas eran “los cabecitas negras”. Pero el uso que CFK hizo de aquel pasado distó de reposar en aquella representación, para dar lugar a una lectura pretendidamente democratizante, en el sentido más liberal de la palabra. Porque cuando las marcas de aquella representación se hicieron presentes, fueron resignificadas, precisamente, por una operación desmitificadora del color de la piel. Y el mito que había que deshacer era, pues, que para ser peronista, nacional y popular había que ser, primero, “negro”. Dijimos que el núcleo más dinámico de las bases militantes del kirchnerismo durante esta etapa –el mismo que fungió como oyente principal de los discursos de CFK, sobre todo los que contenían apelaciones históricas– estuvo conformado por una franja de la clase media, llamémosla progresista. ¿De qué manera podía operar este discurso para que, en el presente, sus bases sociales “se sientan” peronistas, nacionales y populares sin provenir de los hogares o suburbios de donde surgieron tanto las montoneras del Chacho como los peronistas de los orígenes? Una suerte de inversión de la metáfora fanoniana: *piel blanca, máscaras negras*.¹³ Por eso la mención a los rasgos faciales extraños al origen de clase de un líder plebeyo del siglo XIX; por eso quienes en el 2014 metían las patas en la fuente eran “los jóvenes” y eso debía enojar menos a los antiperonistas¹⁴; por eso las familias compuestas de profesionales beneficiarios del Pro.cre.ar contribuirían a dejar finalmente atrás “la vieja época del bidet con las macetas y los malvones”¹⁵, desactivando así la “leyenda negra” sobre los primeros pobladores de los barrios peronistas de la década del cuarenta (Aboy, 2005).

En el título de esta intervención nos preguntábamos si hubo en el kirchnerismo *una* política de la historia. Creemos que la respuesta variará en función de cómo se decida abordarla. Si buscamos una consistencia proponiendo analogías con alguna corriente historiográfica preexistente seguramente ésta sería negativa, dada la heterogeneidad de contenidos que caracterizó a las operaciones analizadas. Lo mismo si advertimos la coexistencia desacoplada de viejas simbologías y motivos revisionistas de mediados del siglo XX reactivados en un siglo XXI con realidades muy distantes de las aspiraciones que daban sentido a esas construcciones originales (Acha, 2012). Si nos limitamos a conectar cada una

de las apelaciones al pasado con los contextos más cercanos y específicos en los que se desplegaron resultará una imagen de múltiples fragmentos *ad hoc* en función de las necesidades más inmediatas de legitimación de tal o cual medida de gobierno. En parte todo esto fue característico, como lo fueron también las dimensiones más tradicionales contenidas en modulaciones épicas necesarias para la formación de buenos “ciudadanos y patriotas”. Pero la respuesta resultó ser otra cuando intentamos recomponer, a partir de los usos de las dos estaciones de la historia argentina recuperadas con más frecuencia en las apariciones públicas presidenciales, alguna grilla de lectura común. La clave estuvo entonces en advertir una relectura del pasado que quiso armonizar los contenidos que rescataba con el horizonte progresista de expectativas e ideas-fuerza características de esa franja de la clase media que conformó su principal auditorio y en el que, además, la presidenta no dudó en ubicarse: “esa orgullosa clase media argentina que pudo llegar a la universidad pública”.¹⁶

4. Consideraciones finales

A lo largo de estas páginas transitamos algunas de las principales líneas de indagación habilitadas por el TFL “Historia y poder político en la Argentina reciente. Usos del pasado en un momento kirchnerista (2007-2015)”. Nos propusimos allí construir un mapa de las políticas de la historia efectuadas por los gobiernos de CFK y para ello privilegiamos ciertos núcleos de interés considerados relevantes y representativos del modo en que el pasado se mostró disponible para la construcción de representaciones, argumentos y genealogías interesadas en conectar el presente del kirchnerismo con estaciones diversas de la historia argentina. Analizamos, particularmente, los usos que tuvieron por objeto al pasado decimonónico y a los años peronistas, por considerarlos dos de los capítulos con mayor protagonismo dentro del discurso histórico de CFK. En ese recorrido intentamos poner en primer plano qué vínculos creímos encontrar entre aquellas operaciones sobre el pasado y las necesidades de legitimación de un poder político que debió atravesar conflictos de causas e intensidades varias.

En esta oportunidad volvimos sobre esa investigación con una pregunta que no había formado parte de las preocupaciones originales. Mejor dicho, se había diluido en el ejercicio de recopilación, sistematización y análisis de los materiales con los que trabajamos. El interrogante apuntó a la posibilidad de postular la existencia de una política de la historia kirchnerista en un sentido unívoco, es decir, concebida desde la cúspide del poder político con propósitos que trasciendan la utilidad estrictamente legitimadora del presente. En cierta medida la cuestión había quedado zanjada rápidamente debido a la relativa certeza que fue construyéndose en torno a otra idea que en principio inhabilitaba una respuesta por la vía positiva: que era inadecuado sostener que la relación del kirchnerismo con la historia podía conceptuarse como una recuperación del revisionismo histórico nacional y popular al compás de las transformaciones del presente. No sólo porque tendemos a creer que resulta más ajustada la imagen de un “desacople” entre esa intensa capacidad de movilización de símbolos que vehiculizaron motivos nacional-populares con insinuaciones revolucionarias y un modelo económico y social neodesarrollista (Bonnet, 2015; Piva, 2015) de características muy distantes a las realidades que daban sentido al revisionismo de las décadas del sesenta y setenta (Acha, 2012).

Aquella construcción siquiera halló su correlato empírico en el corpus de fuentes consideradas. En efecto, las lecturas revisionistas del pasado argentino representaron sólo una parte de los materiales y referencias históricas que nutrieron el discurso de CFK.

La mirada de conjunto nos devolvió en cambio un relato hilvanado en clave democrática. En él el peronismo constituyó una estación necesaria del devenir histórico de la Argentina: preparada por los acontecimientos que determinaron el surgimiento de la nación en el siglo XIX y perfeccionada en los albores del XXI por un movimiento político cuyo mérito quiso ser el auspicio de una reconciliación entre el peronismo y la franja de la clase media argentina a la que se dirigió el discurso de CFK. Y para eso fueron necesarias algunas operaciones de memoria. Si tuviéramos que postular una impronta, diríamos entonces que estuvo ante todo modulada por ese impulso progresista. Si hubiera que arriesgar una función, ésta vino dada por aquella necesidad de *volver familiar lo extraño*.

5. Notas

¹ Siguiendo el planteo de Michael Goebel (2013), las políticas de la historia son todas aquellas formas en que se escribe y moviliza la historia con el objeto de afectar a la distribución del poder en una sociedad determinada.

² Como se verá, algunos capítulos relevantes de la política de la historia del gobierno de CFK quedaron afuera de los alcances de esta investigación. La aclaración vale fundamentalmente para los usos del pasado setentista y de la última dictadura militar, en torno de los cuales el kirchnerismo –e incluimos aquí especialmente al gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007)- desplegó también un conjunto de narraciones y representaciones históricas que fueron fundantes de su identidad política. Incluirlos hubiese implicado, además de un desarrollo que excedía los límites del trabajo, involucrarnos en una serie de debates que conciernen específicamente a la memoria sobre el pasado reciente.

³ CFK, 9 de mayo de 2008.

⁴ CFK, 16 de junio de 2015.

⁵ CFK, 4 de junio de 2012.

⁶ CFK, 17 de junio de 2010.

⁷ Omar Acha y Nicolás Quiroga (2012) hablan de la “normalización del primer peronismo” para referirse a algunos supuestos compartidos por cierta historiografía reciente sobre el primer peronismo en la Argentina. Esta normalización funcionaría en dos planos: por un lado, se trata de una “estandarización”, es decir, la imposición de una norma para la construcción de los relatos históricos relativos al primer peronismo. En segundo lugar y directamente relacionado con lo anterior, el proceso normalizador implicaría una operación de política del saber o del discurso tendiente a superar la figura del peronismo en tanto anomalía, ausencia o excepción de la historia argentina. Así, una de las modalidades de dicha “despatologización” consiste en limar las afirmaciones inmoderadas de corte radical con la historia.

⁸ CFK, 14 de septiembre de 2010.

⁹ CFK, 21 de diciembre de 2010.

¹⁰ CFK, 30 de agosto de 2012.

¹¹ Teodoro Boot: "Respuesta amigable a Daniel Santoro", en "FPV, peronismo, kirchnerismo: debate intenso y necesario", *La señal medios*, 02/02/2016, citado en: Adamovsky y Buch, 2016: 220.

¹² CFK, 17 de junio de 2010.

¹³ *Piel negra, máscaras blancas* es el título del clásico libro de Frantz Fanon, publicado en 1952.

¹⁴ El 23 de enero de 2014, dirigiéndose a la militancia juvenil que acostumbraba congregarse en los patios internos de la Casa Rosada para escuchar sus discursos, CFK sugirió que los antiperonistas se enojarían "porque andamos con las patas en la fuente otra vez", pero "hace calor y *son los jóvenes*" (el subrayado es nuestro).

¹⁵ CFK, 1 de julio de 2014.

¹⁶ CFK, 2 de mayo de 2011.

6. Bibliografía

Aboy, Rosa (2005). *Viviendas para el pueblo: espacio urbano y sociabilidad en barrio Los Perales, 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Acha, Omar (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Editorial Herramienta.

Acha, Omar (2016). "El Bicentenario argentino 2016 y "la segunda y definitiva independencia"" en <http://contrahegemoniaweb.com.ar>.

Acha, Omar y Quiroga, Nicolás (2012). *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*. Rosario: Prohistoria.

Adamovsky, Ezequiel y Buch, Esteban (2016). *La marchita, el escudo y el bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner*. Buenos Aires: Planeta.

Bonnet, Alberto (2015). *La insurrección como restauración. El kirchnerismo*. Buenos Aires: Prometeo.

Eujanian, Alejandro (2015). *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Goebel, Michael (2013). *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.

Halperin Donghi, Tulio (2004). "El resurgimiento de la historia política: problemas y perspectivas" en Bragoni, Beatriz. *Microanálisis*. Buenos Aires: Prometeo.

Hobsbawm, Eric (2002). "Introducción: la invención de la tradición" en Hobsbawm, Eric y Terencer, Ranger (eds). *La invención de la tradición*. Barcelona: Editorial Crítica.

Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Perochena, Camila (2016). *La historia en la disputa política: los usos del pasado en el primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011)*. Tesis para optar por el título de Magister en Ciencia Política presentada en la Universidad Torcuato Di Tella.

Piva, Adrián (2015). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*. Buenos Aires: Batalla de ideas.

Skinner, Quentin (2000). "Significado y comprensión en la historia de las ideas". *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, número 4, pp.149-191. Título original: "Meaning and understanding in the history of ideas" en James Tully (comp). *Meaning & Context. Quentin Skinner and his Critics*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 29-67. Traducción: Horacio Pons.

Verón, Eliseo y Sigal, Silvia (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.

White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Paidós.

Yabkowsky, Nuria (2016). "Los sentidos del Estado en la identidad kirchnerista". *Postdata. Revista de Reflexión y Análisis Político*. N°2. pp. 489-528.